

según la cronología usual, en el año 615, una emigración a Etiopía, la cual, al principio, se compuso solamente de once personas, probablemente porque parecería necesario mandar estudiar las circunstancias del país por un corto número de individuos.

Al propio tiempo, el Profeta, que con todas estas contradicciones debía sufrir profundamente en su excitable espíritu, comenzó a imaginar si sería conveniente intentar una reconciliación con sus compatriotas, antes de resolverse definitivamente a disminuir la fuerza de la comunidad con la emigración al extranjero de importantes grupos de creyentes. Parece que se le ocurrió que los dioses indígenas pudieran estar con Allah, señor de la Ka'aba, en situación análoga a la de los ángeles, como mediadores entre Dios y los hombres. Según su propio parecer, después manifestado, esta idea le fué inspirada por Satanás, el cual naturalmente estaba muy atemorizado por su predicación y hacia tiempo que atisbaba la ocasión de perder al enviado de Dios, lo que, efectivamente, consiguió esta vez, induciéndole con su insinuación a que tergiversara la verdadera palabra del Sér supremo. Dios lo permitió, probablemente, para castigo de la poca fe con que el Profeta pensaba, hacia algún tiempo, reconciliarse con los incrédulos: de esta suerte Mahoma pronunció un día delante de la Ka'aba, que no distaba mucho de la casa de Arkam, a continuación de un *Koran*, las palabras siguientes: «¿Habeis pensado bien en la Lat y en la Osá y en la Manat, la tercera al lado? Esas son los tres sublimes cisnes (1), en verdad que se puede confiar en su intercesión.» Los koreischitas que asistían a la lección, seguramente para burlarse como de costumbre del Profeta y para injuriarle, se manifestaron, como era de esperar, tan sorprendidos como satisfechos de semejante interpretación, y cuando el orador terminó su amonestación con las palabras: «¡Postraos, pues, ante Allah y adoradle!» toda la asamblea respondió al llamamiento. Pero apenas había llegado Mahoma a su casa, cuando ya se le apareció el ángel Gabriel y le enderezó una áspera reprimenda por la ligereza con que se había dejado coger en los lazos de Satanás. El Profeta quedó completamente contrito, y convocó nueva reunión para el día siguiente, en la cual citó otra vez el mismo *Coran*, pero terminándolo en otra forma, a saber: «¿Habeis pensado bien en la Lat y en la Osá y en la Manat, la tercera al lado? ¿Habian de ser vuestros los hombres y vuestras las mujeres (2)? ¡Eso sería una repartición injusta!» En vista de esto los de la Meca, como era natural, se retiraron muy irritados y comenzaron de nuevo, con mas violencia que antes, las persecuciones contra los creyentes.

Mahoma pudo conocer fácilmente el error en que había caído, pues en toda su vida no manifestó la pretensión de ser impecable ni tampoco la de ser infalible, á no ser cuando en cierto modo hablaba *ex cathedra* sobre asuntos de fe. En cambio los teólogos mahometanos le han atribuido mas ó menos en el transcurso del tiempo ambas cualidades, y por eso casi todos callan como muertos acerca de esta por demás desagradable historia, que, sin embargo, se ha conservado en una antigua y buena fuente y está basada, indudablemente, en algo de verdad, si bien aquí también, para explicar mejor «la vuelta del Profeta al paganismo,» se ha condensado

(1) La palabra árabe parece que significa cisnes ó grullas, mas también puede significar en sentido metafísico adolescentes esbeltos y de formas delicadas. El verdadero sentido es muy dudoso. Tal vez el mismo Mahoma no tuvo objeto determinado al expresarse así; era además muy amigo de adornar el estilo de sus *Coranes* en todo género de palabras exóticas y giros oscuros para darles un sello especialmente llamativo.—Los tres ídolos femeninos indicados pertenecían en realidad á tribus vecinas, de las cuales los de la Meca los habían tomado.

(2) Esto es, mientras que los de la Meca tenían sucesión masculina ¿debía contentarse Dios con esas hijas?

en un solo hecho toda una serie. En favor de esto tenemos un clarísimo testimonio en la circunstancia de que al llegar el rumor de la efectuada reconciliación á los emigrados, estos, después de una residencia de dos meses en Abisinia, emprendieron el regreso llegando poco después á la Meca: así, pues, si la concesión de Mahoma hubiese sido anulada tan pronto como lo pretende el relato, la noticia habría llegado cuando menos en el camino á oídos de los que regresaban y los habría movido á detenerse. Debe, pues, mas bien admitirse que el reconocimiento temporal de los antiguos dioses, fué debido á una especie de acuerdo entre el Profeta y la aristocracia de la Meca, al cual se avino el primero con la esperanza de que conseguiría relegar poco á poco la idolatría al último término, marcando cada día mas el culto de Allah, tan luego como hubiese tenido mayor libertad de acción. El bando contrario, por otra parte, debía tener interés en poner término á los irritantes ataques á las venerandas tradiciones nacionales, y ya que además del culto á los diversos dioses particulares, se tributaba desde antiguo á Allah una especie de adoración platónica en determinadas ocasiones, casi no se cometía apostasía alguna manifestando conformidad con la doctrina del Profeta, después de haber hecho este pública manifestación en una ú otra forma de su vuelta á la fe de los antepasados. Pero de ningún modo pensaban los aristócratas de la Meca salir de su indiferentismo religioso y menos aun conformarse con las exigencias que no podía menos de imponer el enviado de Dios á los verdaderos creyentes de Allah. La imposibilidad intrínseca de la reconciliación debió manifestarse muy pronto, siendo evidente para Mahoma que había sido víctima de una engañadora esperanza, que, á su modo de ver, le había inspirado Satanás. Le hace honor que confesara esto llanamente, si bien, como es natural, empeoró bastante su situación. Era, pues, claro que su pretensión de ser el anunciador de la verdad divina, era injustificada; sus enemigos no se cansaron de echarle en cara las contradicciones en que había incurrido; é irritados, tanto por el mal éxito de la reconciliación, como por la terquedad del que les debía aparecer como embaucador cogido *infraganti*, comenzaron de nuevo las persecuciones contra los musulimes. Los emigrantes que acababan de regresar de Abisinia, se vieron obligados, por lo mismo, á emprender nuevamente el camino y unos tras otros les fueron siguiendo en pequeños grupos muchos creyentes, después de haber tenido noticia de que Nadschaschi había dispensado amistosa acogida á los árabes sometidos á Dios. Fueron en totalidad ciento una personas las que emigraron (ochenta y tres varones), entre ellas Othman con la hija del Profeta, Rokaya, y un hermano de Alí. La mitad, casi, regresó de nuevo á la Meca después de un plazo relativamente corto, ya fuera que no se realizaran sus esperanzas en el extranjero, ya que poco á poco les sobrecogiera la vergüenza de haber dejado abandonados á sus correligionarios en la continuación de la lucha desigual; hasta el débil Othman, que, ciertamente como individuo de la familia Omayya, menos tenía que temer que cualquier otro, se puso muy pronto otra vez al lado de su suegro.

Este refuerzo era muy necesario á Mahoma; mas violenta que nunca la aristocracia oprimía á su pequeña comunidad, y momentos hubo en que pareció que hasta debía renunciar á la protección de Abu Tálib, el único que le resguardaba de todo peligro personal. Los koreischitas hostigaron durante tanto tiempo al noble anciano con sus exhortaciones y amenazas, que este, que no creía en la doctrina de su sobrino, y que solo por el honor de la familia amparaba fielmente á Mahoma, que le había sido recomendado por Abd-el-Mattalib, le mandó llamar y le rogó que procurara reconciliarse con su pueblo, librándole de una carga mas pesada que la

que podía soportar. Mahoma imaginó que su protector quería abandonarle y contestó: «Aun cuando ellos me pusieran el sol en la mano derecha y la luna en la izquierda, con la condición de que yo desistiese de mi empresa antes que Dios la conduzca á la victoria ó yo perezca en ella, no desistiría.» Rompió á llorar y se volvió como para marcharse; pero su magnánimo tío le llamó y le dijo: «¡Vete, hijo de mi hermano, y habla de lo que quieras; no te abandonaré jamás bajo ningún concepto!»

A pesar de todo, el proceder de la gente de la Meca era cada día mas amenazador; pero tanto exageraron, que las cosas redundaron en su daño. Estaba sentado Mahoma un día no muy lejos de la Ka'aba cuando se dirigió á él Abu Schachl y empezó á abrumarle con las mas atroces injurias y maldiciones. El profeta no contestó ni una sola palabra; pero una esclava que había presenciado la escena, se apresuró á referir de puerta en puerta las expresiones insultantes. Precisamente regresaba de la caza con el arco al hombro Hamsa, hermano de Abdallah, padre de Mahoma, y oyó las frases injuriosas. La sangre del árabe entró en ebullición al saber que alguien se había atrevido á insultar al hijo de su hermano y se lanzó hacia la Ka'aba, donde estaba sentado Abu Schachl, y delante de todo el mundo le pegó con el arco en la cara, hasta hacerle sangre, hablándole de este modo: «¿Te atreves tú á insultarle, siendo yo de su fe y reconociendo lo que él reconoce? ¡Devuélveme, pues, eso si puedes!» Hamsa era hombre valeroso y fuerte, y algo le remordia la conciencia al otro; así, él mismo contuvo á sus deudos, que acudieron á su defensa, y dijo: «No toqueis á Abu Omara (1), pues, en verdad, yo he tratado indebidamente al hijo de su hermano.» Pero Hamsa no era hombre para retractarse de lo que una vez había dicho, y desde entonces se convirtió al Islam, en cuya defensa, mas posteriormente, sucumbió uno de los primeros.

Mas importante aun que esta inesperada conversión de un pariente tan cercano de Mahoma y tan respetado, fué la de otro personaje, acaecida también por aquel tiempo (615 ó 616). Omar, hijo de Jatab, de la casa Adí, había sido hasta entonces uno de los adversarios mas violentos del Islam, pero era un hombre grave y no pudo menos de procurar enterarse mejor de lo que combatía, y poco á poco adquirió el convencimiento de que la razón estaba de parte de Mahoma. Su conversión pública fué la consecuencia inmediata de la convicción adquirida; mas respecto de los detalles que se refieren con este motivo, los relatos son inseguros y contradictorios. De todos modos, su adhesión fué de suma importancia para la nueva idea religiosa. No hay duda que exagera el que pretende ver en él al verdadero fundador del Islam—para disputar este mérito á Mahoma hay que violentar los hechos,—pero es seguro que Omar no solo fué después el energético é inteligente organizador de la secta mahometana, sin el cual el califato, que tan rápidamente llegó á ser una verdadera potencia, probablemente habría decaído con no menor rapidez, sino que también desde el momento en que aceptó la nueva fe, se convirtió en representante del elemento verdaderamente activo en torno del profeta. Si la plácida firmeza de Abu Bekr ofrecía un apoyo moral al mas profundo pero indeciso y á menudo deficiente carácter de Mahoma, en especial para los asuntos de la vida ordinaria, Omar le arrastró á actos enérgicos, sin los cuales, dadas las circunstancias del momento, no había que pensar en dar á

(1) Omara era hijo de Hamsa, el que, por lo mismo, según lo dicho, llevaba el sobrenombre de Abu Omara. Como entre los árabes es la paternidad objeto del mas alto orgullo, se tiene por muy cortés dirigirse á la persona á quien se desea honrar designándola con el sobrenombre tomado del de su hijo.

la fe una mayor extensión como con el tiempo se había demostrado claramente. En la época de su conversión, Omar solo contaba veintiseis años de edad; así como físicamente descollaba su cabeza por encima de todo el pueblo, de igual suerte el arrojo y la decisión eran los distintivos de su carácter, sin dejar de tener al propio tiempo desusadas perspicacia y prudencia. Tales cualidades, aunque no se distinguían ni por su origen ni por su caudal, le habían ya asegurado á su edad, si no influencia, á lo menos respeto. Caracteriza todo su ser, así como el giro que desde luego dió á la causa del Islam, la circunstancia de que tan pronto como se adhirió á él cesaron los creyentes de celebrar su culto en el secreto de la casa Arkam: libre y abiertamente se reunieron desde entonces junto á la Ka'aba; allí recitaban sus oraciones comunes ante todo el mundo, y hacían las solemnes procesiones al rededor de la casa santa, usos de la época primitiva cuya continuación, en honor exclusivo de Allah, no ofrecía inconveniente alguno.

Esta exhibición de los creyentes impuso á la aristocracia. Con hombres como Hamsa y Omar no se podía jugar: á cada insulto contestaban con un golpe, y guerra abierta no la querían los grandes mercaderes, pues con ella tenían mucho que perder y Mahoma nada. Este podía sublevar á los esclavos y causar siempre grandes males al comercio de la Meca. Sin embargo la situación se hacia de día en día mas insostenible. El Profeta, á quien los recientes triunfos debieron verdaderamente de infundir nuevos bríos, y á quien el recuerdo del malhadado conato de avenencia debió, por otra parte, de excitar á condenar mas enérgicamente la idolatría, se produjo con mas arrebato que nunca. Desde hacia mucho tiempo le era inexplicable que Dios, el todopoderoso, no pudiera hacer prevalecer su voluntad en la lucha con la incredulidad humana; cada día se apoderaba mas de él la idea de que si los de la Meca se resistían constantemente á la verdad, esta pertinacia solo podía en definitiva explicarse porque Dios no quería precisamente el arrepentimiento si no la perdición de los pecadores, y porque solo los escogidos por él eran capaces de aceptar la nueva fe. Cada vez con mayor frecuencia predicaba: «Dios conduce á quien quiere y deja en el error á quien quiere;» terrible dogma de la predestinación absoluta en su forma mas cruel, según el cual la anunciación de la verdad no tiene por objeto ayudar á todos los hombres, sino principalmente no consentir disculpa alguna á los incrédulos, mientras que la misma voluntad divina les quita, por otra parte, la posibilidad de abrirse camino con sus propias fuerzas hacia la fe. Sabido es que esta apreciación, que no domina en el *Corán* desde el principio, pero que de día en día aparece mas en primer término, se ha llegado á convertir gradualmente en el dogma islamita, en ese fatalismo incondicional cuyos ya casi indestructibles eslabones tienen hoy aherrajada toda la vida intelectual del Oriente mahometano. Verdad es que Mahoma no llegó jamás á las últimas consecuencias de este principio; ya sabemos que la deducción lógica no era su fuerte. Pero si el tema primitivo de su predicación, «si no os convertís, caeréis en el infierno,» era formulado entonces por lo general «no quereis ni podeis convertirlos, y habeis caído en el infierno,» se comprende fácilmente que los koreischitas vieran también en esto una nueva recrudescencia de sus ataques. Por su parte continuaban ellos considerándole como un embaucador, cada día con mas fundamento, recordando la contradicción en que él mismo había caído cuando la fatal tentativa de avenencia. Bajo el peso de estas inculpaciones se vió obligado el Profeta á buscar nuevas pruebas para la verdad de sus asertos. Darles fuerza persuasiva ó argumentación lógi-

que, cuando era menor la perspectiva del verdadero triunfo de su predicación y cuando parecía que muy pronto habían de desvanecerse hasta las últimas esperanzas, echara de menos aquel cariño y aquella solicitud; pero dotado de una fuerte inclinación natural hacia las mujeres, no dió tiempo á ello, pues apenas dos meses despues de la muerte de Jadischa se casó de nuevo con Sauda, viuda de un creyente que habia fallecido poco tiempo antes; y si hizo á Jadischa el sacrificio de no tomar otra mujer mientras ella vivió, pensó entonces en aprovechar la libertad que en este concepto le concedía la costumbre árabe, ya anterior al Islam. Casi al mismo tiempo concertó su casamiento con la hija de su amigo y mas fiel adepto Abu Bekr. No habia que pensar por de pronto en consumir el matrimonio, pues Aischa, así se llamaba la niña, no tenia á la sazón mas que seis ó siete años de edad, y ni aun en aquel clima meridional podia efectuarse antes de los once; así, pues, si ya entonces hubo noviazgo formal, seria porque ambos amigos sentían la necesidad de hacer pública manifestación de la intimidad de sus relaciones anudando lazos de parentesco. Pudo también haber contribuido á ello el deseo de Mahoma de mostrar, en cierto modo, su gratitud al amigo por los grandes sacrificios que habia hecho en pro de su causa, obligándose por medio del noviazgo á asegurar el porvenir de su hija, mientras que al propio tiempo en el círculo de los creyentes aparecía este acto como una distinción especial otorgada á Abu Bekr. Aunque aquí se ve al Profeta aplicado, muy pronto, á consolarse de la pérdida de su fiel compañera, debemos recordar lo dicho anteriormente, esto es, que hasta el último día de su vida no dejó de pensar en ella con cariño y gratitud. Tampoco hemos de echar en olvido que los sentimientos delicados que caracterizan nuestras relaciones matrimoniales eran desconocidos de los árabes de aquellos tiempos.

Mas fuertemente que la pérdida de Jadischa debió de herir á Mahoma la de Abu Tálib. Podemos suponer que sentía viva gratitud hacia aquel fiel y desinteresado protector, pues el tío no solo habia cuidado de su juventud sino que durante los últimos diez años le habia amparado sin vacilaciones, con sacrificio de todo interés personal y sufriendo pacientemente toda clase de contrariedades, habiendo permanecido fiel de esta suerte al deber de familia que le impuso su padre Abd-el-Muttalib. Verdad es que Abu Tálib no habia podido jamás reconocer la doctrina de su sobrino, no porque le considerara un embaucador como los demás paganos,—pues en este caso no hubiera tenido el deber de protegerle,—sino porque no podía resignarse á abandonar los dioses de sus antepasados. Así, se encontraba como neutral entre ambos bandos, como un hombre recto y leal que no sentía inclinación á devanarse los sesos con el estudio de problemas teológicos, pero al cual nada podia hacerle apartar ni un solo paso del camino de la justicia y del honor, tal como él lo concebía. Mas no era solo la pérdida de un hombre tan excelente lo que tenia que lamentar Mahoma: con él perdía precisamente la protección que le debía y que á la sazón estaba llamado á ejercer, según la sucesión natural, su hermano Abu Lahab. Ya hemos visto anteriormente que este era uno de los mas acérrimos enemigos de su sobrino, y Mahoma debía esperar tanto menos de él cuanto que habia sido el único haschimita que cuando el entredicho de su linaje no se habia trasladado al barrio de Abu Tálib, sino que se habia adherido á los aristócratas. Pero á la sazón le llamaba muy enérgicamente la voz del honor, y Abu Lahab no se atrevió á eximirse por completo de sus exigencias. Fué á ver á Mahoma, el cual no habia salido de su casa desde la muerte de Abu Tálib, y le dijo:

«Haz como solias mientras vivía Abu Tálib. ¡Por la Lat (1) nadie te ha de hacer daño alguno mientras yo viva!» Esta armonía poco natural no debía durar mucho tiempo. Ciertamente que la opinión pública aprobó el proceder de Abu Lahab; pero los jefes de la aristocracia se dieron prisa á sembrar de nuevo la enemistad entre tío y sobrino. Consiguieron decidir al primero á que preguntara al Profeta dónde se encontraba desde su muerte Abd-el-Muttalib, su padre y abuelo de Mahoma. «En el infierno,» fué la contestación, de conformidad con el inexorable dogma del Islam. Entonces indignado se marchó Abu Lahab exclamando: «¡Ahora sí que no cesaré de ser eternamente tu enemigo!»

Mahoma, que, si bien contaba todavía con su tío Hamsa, no tenia de su parte á ninguno de los demás individuos de la familia, se encontró entonces expuesto á todo género de peligros. Sus partidarios le habrían defendido hasta derramar la última gota de sangre de ataques manifiestos, y así los adversarios no se atrevían á provocarlos. Pero la ardiente sangre árabe podia de un momento á otro arrastrar á cualquier individuo de uno de los bandos á pronunciar una palabra imprudente ó á levantar la mano, lo cual hubiera dado lugar á verdaderas hostilidades, y entonces quedaba echada la suerte de los pocos creyentes. Decidióse, pues, el profeta á prescindir definitivamente desde aquel momento de sus compatriotas y reanudar las antiguas tentativas en todas partes para ver si se hallaba en el extranjero un lugar cualquiera dispuesto á abrazar la nueva fe.

Este primer paso tampoco fué feliz por entonces. A unas quince millas al Oeste de la Meca se encuentra Taif,—de la cual se ha hablado de nuevo recientemente como lugar de destierro y muerte de Midyat Bajá y demás conspiradores contra el sultan Abd-ul-Azis,—una de las pequeñas ciudades que entonces habia en la Arabia central. Era como la Meca una estación de caravanas en la antigua via comercial entre el Yemen y la Siria, si bien inferior bajo el punto de vista mercantil, pero que aun hoy día es célebre por sus cercanías, fértiles en relacion con la Arabia, y por sus viñedos y huertos. Sus habitantes pertenecían á los Benu-Thakif, subtribu de la muy extendida tribu de Hawasin; aunque de origen nord-arábigo, parece que morando en la proximidad de las fronteras yemenitas se habian asimilado mucho de lo de sus vecinos meridionales; á lo menos la ciudad estaba en parte fortificada, cosa que en el Norte solo se veía en las colonias judías. Entre los Thakif y la Meca existían activas relaciones de comercio, como también de amistad en general y hasta algun parentesco por medio de casamientos mutuos. Algunos ricos de la Meca tenían casas de campo en las umbrías huertas de la ciudad, que ofrecían en el ardiente estío una morada mas agradable que la que se podia encontrar en los desnudos tajos y en el estrecho valle de la Meca. Así se comprende que si Mahoma dirigió sus miradas hacia Taif no lo hizo porque considerara realmente ventajosa una tentativa de conversión en aquella población, íntimamente relacionada con sus adversarios. Pero no tenia mucho donde elegir y además contaba con la ayuda de Allah. Sigilosamente y solo acompañado de su bravo hijo adoptivo Seid,—para que los koreischitas no se enteraran de ello y acaso sorprendieran en el camino á los desamparados,—emprendió el viaje, poco despues de la muerte de Abu Tálib. Era una empresa atrevida, grave para un guerrero acostumbrado á menospreciar los peligros y temeraria para un pacífico predicador; pero en Mahoma ocupaba el lugar del valor personal, que no le habia sido concedido, el estímulo interior, que consideraba mandato de Dios. Había algo de sencillamente

(1) La diosa de que ya hicimos mención.

grande en que este hombre solo osara penetrar en la ciudad extraña, donde no habia mano alguna que le protegiera contra el primero que quisiera matarle, para complacer á los poderosos de la Meca y esperando acaso recibir de estos rica recompensa. Durante los primeros días le protegió la curiosidad de la gente, á la cual debia interesar ver y oír al tan nombrado revolucionario de la Meca, y hasta alguno que otro de los notables se dignó hablar con él. Mas no logró hacer profunda impresion, y pronto se cambió la actitud del pueblo en decidida prevención, probablemente debida en su mayor parte á todo género de excitaciones de los amigos ó parientes de los koreischitas. De palabra y de hecho insultaron á Mahoma y al fiel Seid, persiguieronlos á pedradas y, por último, para salvar su vida tuvieron que huir á toda prisa de la ciudad seguidos por el populacho, de cuyas manos con dificultad pudieron escapar. Sangrando de varias heridas llegaron medio muertos á las huertas que estaban como á media milla de la ciudad, en una de las cuales hallaron un escondrijo. Casualmente se encontraba este lugar junto á la casa de campo de dos hermanos procedentes de la Meca, Otha y Scheiba, hijos de Rab'as, de la noble casa de los Abd Schams. Eran indudablemente los mas ricos de los koreischitas, desde que habia muerto poco hacia El-Walid Ibn Mojira, el antiguo adversario de Mahoma, y aunque naturalmente no querían oír hablar del Profeta, se habian mostrado siempre mas prudentes y menos obcecados por la pasión que la mayoría de los demás aristócratas. Así no es de extrañar que el amor á su tribu se excitara al ver corriendo hacia las huertas á los fugitivos, muy conocidos de ellos, acosados por la canalla de la ciudad extranjera; que no les molestaran en su escondrijo, y hasta que les enviaran con un esclavo cristiano un plato de uvas, para que refrescaran. Sin embargo, no podían permanecer mucho tiempo allí y procuraron abandonar cuanto antes el territorio de la ciudad hostil. Al regresar se detuvieron en Nachla, lugar situado como á mitad del camino entre Taif y la Meca. Allí parece que Mahoma tuvo un sueño ó vision en el cual, á él, que acababa de ser desdeñosamente rechazado por los hombres, venían á ofrecerle homenaje enviados del reino de los genios (1), ansiosos de escuchar algo de sus divinas revelaciones. El consuelo que esto pudo proporcionarle no le ocultó los obstáculos terrenales con que todavía habia de tropezar. No se atrevió, pues, á pisar de nuevo la Meca sin haberse asegurado antes la protección de alguno de los hombres importantes de la ciudad. Como en los tiempos anteriores á su vocación, se escondió en los barrancos del monte Hirá, despues de haber enviado á un hombre de la tribu neutral de los Benu Josa'a, que tenia sus pastos junto á la jurisdicción de la Meca, para que por medio de negociaciones confidenciales le proporcionase el apoyo de uno ú otro de los poderosos.

Despues de algunos pasos infructuosos, el enviado consiguó, por último, encontrar propicio á El-Mut'im, hijo de

(1) En árabe *schinn*, que indudablemente se ha de derivar del latín *genius*. Eran, según el concepto usual, seres que ocupaban el punto medio entre los ángeles y los hombres, que tenían de comun con los primeros fuerzas sobrenaturales y con los últimos la capacidad de creer y no creer, de la virtud y del pecado. En los *schinn* malos, que en la superstición popular representaban naturalmente el papel principal, se han conservado reminiscencias de los fantasmas nocturnos y del desierto de los árabes preislámicos. Hay de ellos varias clases, de las cuales especialmente se habla en los cuentos de: *Las mil y una noches*, pero que en su mayor parte proceden de conceptos indios y pérsicos. —Si la vision aquí indicada ocurrió precisamente en la época que se designa, es muy dudoso. La tentativa hecha recientemente, de modo muy ingenioso, para interpretar aquella como un encuentro con «hombres de carne y hueso,» se estrella contra el texto del cap. 72.

Adí, de la casa Naufal. Su familia estaba emparentada de cerca con los Háschim y habia figurado en primera línea entre aquellos á cuyas gestiones se debió el levantamiento del entredicho; entonces se armó él y los suyos dirigiéndose con ellos hacia la Ka'aba, y allí declaró ante los presentes que tomaba bajo su protección á Mahoma. Advertido este, entretanto, se decidió á entrar en la ciudad, dió sin ser molestado la vuelta siete veces alrededor del santuario, y se retiró á su morada, la cual tenia en el barrio de Abu-Tálib desde la muerte de Jadischa. Allí continuó también despues de su casamiento con Sauda, que se efectuó poco tiempo despues, ya fuera por temor de que á causa de nuevas maquinaciones perdiera la protección de Mut'im, ya tal vez á causa de alguna obligación contraída con motivo del alzamiento del entredicho, esperando ansioso la llegada de la gran fiesta de la peregrinación de aquel año (620) que debia proporcionarle la posibilidad de llamar de nuevo á la puerta de los muchos peregrinos procedentes de todas las tribus de Arabia, con el fin de ver si hallaba, por último, corazones dóciles dispuestos á aceptar sus predicaciones.

CAPÍTULO III

LA EGIRA.—MAHOMA EN MEDINA

Era el mes de marzo del año 620. Como de costumbre, habian llegado á la Meca grandes multitudes de forasteros de las mas diversas comarcas del país para asistir á la fiesta de la peregrinación. A las solemnes procesiones alrededor de la Ka'aba siguió, según uso antiguo, la comun romería al santo monte Arafat, que se encuentra como á tres millas al Oeste de la Meca junto al camino que conduce á Taif. Desde allí retrocedieron los peregrinos al día siguiente hasta el valle de Mina, en el cual desemboca, á una milla antes de la Meca, el camino de la montaña; allí se sacrificaron reses, y con esto se puso término á las ceremonias religiosas, á las cuales sucede aun hoy día un confuso ir y venir de los hadyis ó peregrinos, que desde allí no se dirigen inmediatamente á la ciudad. Entre los grupos grandes y pequeños que se movían de acá para allá en el valle, andaba Mahoma espiando un momento oportuno para trabar conversacion. «Cuando él, pues,—así lo refiere la tradición,—se encontraba junto á la Akaba (2), tropezó con un grupo de personas de la tribu de Jasadrsch (3), en las cuales Dios habia puesto sus miras. Cuando el enviado de Dios se les acercó les dijo: «¿Quiénes sois vosotros?» Ellos contestaron: «Hombres de los Jasadrsch.» El dijo: «¿De los compañeros de los judíos?» Ellos dijeron: «Sí.» Dijo él: «¿Queréis sentaros para que yo pueda hablaros?» Ellos dijeron: «Ciertamente.» Entonces se sentaron á su alrededor y él les habló del Dios verdadero y les anunció el Islam y les recitó el Corán. Ahora bien: entre los milagros que Dios ha hecho en favor del Islam debe también contarse que se encontraban judíos con aquellas personas en su territorio, que poseían «escritura y saber» (4) mientras que ellos mismos eran infieles é idólatras. Estos habian á menudo violentado en su territorio á los judíos, los cuales, cuando habia disensiones entre ellos, les decían siempre:

(2) La palabra significa un estrecho sendero de montaña que ó conduce entre rocas ó á lo alto de una pendiente; aquí se ha aplicado hasta hoy al estrecho paso que conduce, desde el valle que se extiende de Este á Oeste, de Mina á la Meca.

(3) De Yathrib. De su número se habla muy diversamente, variando entre dos y ocho.

(4) Esto es, el Antiguo Testamento y la teología judaica desarrollada en el Talmud. «Poseedores de Escritura» son los judíos y cristianos como dueños de las antiguas revelaciones divinas, y «saber» es el reconocimiento completo ó incompleto de la verdad divina, en oposición á la «ignorancia» de los idólatras.

ca, se lo impedía su carencia de elevada educación intelectual, y más todavía la escasa fecundidad de su espíritu, cuya fuerza consistía en la concepción apasionada y no en la exteriorización. Lo que había oído de sus amigos cristianos ya no le servía: el ser crucificado ó quemado había sido interpretado siempre como signo de debilidad, por el modo de pensar superficial de su duro pueblo. En cambio recordaba todavía, de su trato anterior con judíos, que á los que se habían mostrado hostiles á los antiguos patriarcas y profetas, como Abraham y Moisés, les había costado cara su hostilidad. Así, se dirigió á los habitantes y transeúntes judíos de la Meca para averiguar los detalles de estos sucesos, y desde entonces aparecieron en los Coranes, en lugar de las repetidas y ya por lo mismo enojosas variaciones acerca de la prueba de la Omnipotencia divina, sacada de las maravillas de la naturaleza, relaciones de la historia bíblica del Antiguo Testamento, especialmente de los castigos que en todo tiempo sobrevinieron á los detractores de la verdad y á los enemigos de los antiguos profetas, por cierto, no en la misma forma que los presenta la Escritura sino con todo el género de ampliaciones y arabescos que la Haggada, la leyenda Talmúdica, ha dejado enredarse al tronco de la tradición primitiva, muchas veces graciosamente y en manera simbólica y otras también parasítica y grotescamente. Los buenos habitantes de la Meca apenas sabían nada de estas cosas. Aunque el árabe tiene poco talento para inventar historias, hasta en la actualidad gusta de oirlas; así, pudo suceder que algunos escucharan entonces al Profeta con mayor atención que anteriormente. Sin embargo no duró mucho tiempo el efecto del nuevo ropaje con que se presentaban las revelaciones. Había por aquellos tiempos en la Meca un hombre llamado En-Nadr, hijo de Hárith, que había corrido mucho mundo. Entre otros puntos había residido largo tiempo en Hira y aprendido allí las hermosas leyendas de los antiguos reyes persas y de sus paladines los Pehlewas. Desgraciadamente era descreído, como con frecuencia son los llamados ilustrados, y no había manifestado desde un principio más que burla y sarcasmo hacia la revelación divina de Mahoma. Este hombre se acercó á los que rodeaban á Mahoma cierto día, cuando este narraba lo sucedido entre el piadoso Moisés y el malvado Faraon, y apenas hubo terminado el Profeta, dijo: «Yo, oh gentes de Koreisch, sé historias más hermosas; oidme, que os voy á contar una mucho más bonita que la suya.» Entonces les habló de los reyes de los persas, del fuerte Rustam y del juvenil Isfendiari (1), y esto les regocijó mucho y desvió su espíritu de las cosas serias.

Cuán grave fué el daño que este género de competencia causó al Profeta, se explica por el hecho de que después mandara cortar la cabeza al pobre Nadr, á pesar de que sistemáticamente mostró desusada benevolencia en las guerras con sus paisanos. Le irritaba por modo extraordinario que semejantes anécdotas se colocaran al nivel de las amonestaciones en cuyo efecto había él puesto tanta confianza; una y otra vez manifiesta su indignación de que se ridiculicen sus leyendas de profetas como «historias del tiempo antiguo.» Y si á pesar de constarle que las había aprendido de los judíos, pretende que le fueron reveladas de nuevo por Dios mismo, no significa esto precisamente que procediese con deliberada falsedad; era poco ducho en la expresión de ideas abstractas, que más bien estaban flotantes y confusas en su imaginación que arraigadas en su convencimiento, y sin duda quería significar algo de lo que corresponde en la fraseología cristiana á «confirmado por el testimonio del Espíritu Santo.»

(1) El Aquiles de la leyenda nacional persa.

Si por un lado repugnaban á los de la Meca estas nuevas contiendas y el proceder mucho más resuelto de los creyentes, por otro no dejaba de inspirarles serios temores la persistencia de la colonia musulmática en el reino etíope, recordando las antiguas guerras etiópico-arábigas. Así pasaron de las inútiles y hasta peligrosas mortificaciones personales á medidas verdaderamente políticas. Enviaron una embajada al Nadschaschi con el ruego de que expulsara de su territorio á los emigrados. El rey se negó rotundamente á esta exigencia, lo cual no pudo menos de confirmar á los de la Meca en sus temores. Por otra parte Abu Tálib continuaba negándose á retirar su protección á su sobrino. En vista de todo esto, por el año 617, todas las demás familias de la Meca convinieron solemnemente en romper todo trato con las casas Háschim y Muttalib, no comprar ni vender nada á sus individuos, y en general no mantener con ellas ninguna especie de relaciones. El cumplimiento de este convenio implicaba naturalmente que se negara la entrada á los haschimitas en los demás barrios de la ciudad, dejándoles así limitados al suyo propio. No parece, sin embargo, que lo ocuparan en toda su extensión; á lo menos se refiere unánimemente que se reconcentraron todos en la parte que estaba edificada en una de las gargantas laterales del trozo de la cordillera Abu Kobeis, que se hallaba al Oeste junto á la ciudad, y que, por encontrarse allí la vivienda de Abu Tálib, era designada como el barrio, ó, más exactamente, como el barranco de Abu Tálib (2). Solo se comunicaba con el resto de la ciudad por medio de una puerta en la parte anterior, estando separada á ambos lados por rocas salientes y murallas de los barrios contiguos, como aun hoy día en las ciudades orientales está separado cada barrio de sus vecinos de modo que pueda defenderse por sí solo. Esta mayor facilidad de la defensa contra un violento ataque, siempre posible, es lo que decidió á los haschimitas á encerrarse voluntariamente en tan estrecho espacio, que todavía debía parecer más reducido cuando tuvo que recogerse allí gran número de individuos de otras familias que estaban á favor del Profeta y á los cuales alcanzaban también las medidas de interdicción. Además de estos, la interdicción, al principio muy severa y rigurosa, afectaba también y muy duramente, á los habitantes del valle. Nadie les vendía cosa alguna, sus rebaños apenas podían mantenerse en el árido terreno; no había que pensar en negocios por propia cuenta á causa de la miseria del mayor número, y rápidamente se introdujeron entre ellos la penuria y el hambre. Los pocos que tenían una posición desahogada, como Abu Bekr,—la hacienda de Mahoma ó mejor dicho la de Jadischa se había reducido considerablemente desde los comienzos de la profecía—apenas podían remediar lo más indispensable; por la montaña no había camino ni vereda, el valle estaba cerrado, de modo que hasta los medios más necesarios á la vida se debían llevar de muy lejos con los mayores esfuerzos, y reinaba frecuentemente el hambre y la miseria entre los hombres hacinados allí. Únicamente durante los cuatro meses santos podían los puestos en entredicho moverse con seguridad á lo menos fuera del territorio de la Meca, hacer las compras más precisas en las ferias y procurar reanudar relaciones con las demás tribus. Pero era muy difícil conseguir esto último; nadie se fiaba de hombres rechazados por sus propios compatriotas, y así, fueron vanas todas las predicaciones de Mahoma á las diversas tribus con ocasión de los mercados de Ocaz, Mina y otros lugares—para desvirtuarlas ya era bastante el esfuerzo personal de Abu Lachab, su tío, que le era hostil, que era el único que se había separado de

(2) Ahora, según Burckhardt, barranco de Ali (hijo de Abu Tálib).

la familia adhiriéndose á los aristócratas, y al cual nos representa en todas partes la tradición siguiendo los pasos del Profeta, censurándole y previniendo á la gente en contra suya.

La entereza con que los haschimitas soportaron tales contrariedades durante dos ó tres años debe parecer increíble al que no tenga presente la indisolubilidad del lazo de familia entre los árabes. La mayoría de los haschimitas, y Abu Tálib el primero, no creían nada de la misión de Mahoma; pero él pertenecía á su familia y así les obligaba á protegerle en todas circunstancias contra sus enemigos y arrostrar todas las consecuencias que pudieran sobrevenir. Aquí se demostró por primera vez lo que después se había de repetir más de una y lo que principalmente hizo posible el triunfo del Islam; mientras Mahoma y los suyos nada acataban fuera de los mandatos de Dios y no se consideraban ligados en manera alguna á las antiguas tradiciones de las costumbres árabes, gozaban de las ventajas que les reportaba la adhesión de los demás á estas tradiciones. El Profeta podía esperar de sus adversarios, sobre la base de sus principios, lo que él les negaba sobre la base de los propios. A la par que los haschimitas se mantenían fieles á él, á causa de la solidaridad de las familias, esa misma solidaridad tuvo por consecuencia que poco á poco se barrenaran las medidas de exclusión de los koreischitas. Había entre los idólatras muchos que tenían algún allegado cercano en el barrio de Abu Tálib y que se avergonzaban de verle necesitado. Durante algún tiempo, la influencia y las amenazas de los aristócratas impidieron que semejantes simpatías secretas se manifestaran abiertamente, y solo en la oscuridad de la noche podía de vez en cuando llegar hasta el barranco un camello cargado de comestibles. Pero poco á poco la prevención contra las medidas que se hacían generalmente molestas, fué aumentando hasta el punto de que su inutilidad se mostrara cada vez más, dada la incansable pertinacia de los puestos en entredicho. Continuando estos unidos y firmes, se fueron manifestando entre los koreischitas cada vez más abiertamente divergencias y disensiones; formóse un bando que exigía sin ambages el levantamiento del entredicho, y la agitación, por último, debió imponerse á las principales familias. En el año 619 se anuló con uno ú otro pretexto el acuerdo de las familias de la Meca (1) y fueron relevados de su aislamiento los haschimitas y todos los demás creyentes. Yo me inclino á creer que esto sucedería por medio de un convenio mediante el cual Mahoma se obligaría á no continuar sus predicaciones en la misma Meca, en la forma que lo había hecho hasta allí. Es de suponer que los jefes de la Meca procurarían de todas maneras alcanzar una concesión cualquiera de parte del Profeta para levantar las medidas de exclusión; si vemos, pues, que desde entonces el Profeta no conquista ya ni un solo adepto en la ciudad, y si, al propio tiempo, no tenemos tampoco noticia de nuevas disensiones ó contiendas entre los bandos hostiles, no podemos dejar de atribuir esta desusada tranquilidad á un convenio mutuo en el cual los haschimitas, representados por Abu Tálib, se obligarían á cuidar de que Mahoma se abstuviera en lo futuro de suscitar nuevas divisiones en la ciudad. Pero como no hay tradición alguna que apoye semejante hipótesis, tiene que quedar en duda. Se supone comunmente que después de levantado el entredicho Mahoma desistió espontáneamente de toda nueva tentativa para hacer prosélitos entre sus compatriotas, ya que la experiencia de los últimos años le había convencido de que la verdad no po-

(1) Naturalmente con la ayuda de algún milagro que permitiera á los koreischitas anular sin grande humillación el acuerdo tan solemnemente convenido.

día abrirse camino en sus empedernidos corazones. No le quedó, pues, más remedio que renovar las tentativas para reanudar relaciones con otras tribus extrañas, tentativas que había iniciado durante la época del entredicho apremiado por las circunstancias.

El paso que dió con este motivo fué tan desusado y tan grave que aun hoy día, dadas nuestras condiciones, no podemos imaginarlo sin dificultad. También en tiempo del paganismo sucedía, aunque muy raras veces, que alguien que hubiese cometido un delito grave que le imposibilitara de continuar viviendo en el país huía á otra tribu, acogiéndose á ella. Pero que cualquiera, sin un motivo forzoso, como el indicado, abandonara los lazos patrios y de familia, y que esto se hiciera por motivos religiosos, á lo sumo era imaginable tan solo en los cristianos y judíos de la Arabia de aquel tiempo. Y sin embargo, cosa tan inaudita, además de las circunstancias á la sazón apuradas del Profeta, debió suceder para que el Islam se propagara más allá de los límites de la Meca. Si toda la ciudad se hubiese sometido á la dirección de Mahoma, la nueva fe se hubiera convertido en propiedad de la tribu de los koreischitas y se habría, por lo mismo, hecho inaceptable á todas las demás tribus. Sería en vano discurrir acerca de si la política astuta de los musulimes hubiera logrado vencer sucesivamente la resistencia de cada una de aquellas. Tales como los sucesos se han desarrollado debemos decir: que fué necesaria la oposición de los koreischitas para lanzar á Mahoma del estrecho círculo de su ciudad natal y sugerirle la idea de viajar, tan contraria á la manera de ser de los árabes, y que no la *solidaridad de la tribu* sino el *lazo religioso* había de formar la base de su comunidad. Difícilmente podía él explicarse las consecuencias que acarreó la realización de esta idea. Pero menos aun sabían los de la Meca lo que hacían cuando ellos que procuraban contrarrestar por todos los medios posibles las conversiones en la ciudad, le dejaron amplia libertad en el exterior. Era natural que á cualquier árabe se le ocurriera el argumento «¿qué importancia puede tener esto, cuando sus propios compatriotas, que le deben conocer mejor que nadie, no quieren saber nada de ello?» y esta consideración no dejó de hacer su efecto al principio; pero los koreischitas no sabían que había ya entonces un punto en el país que no necesitaba mucha preparación para aceptar la nueva idea.

Ciertamente que por el momento no parecía que hubiesen de mejorar las esperanzas del Islam, y hasta su fundador tenía que atravesar entonces precisamente los días más tristes y desesperados de toda su carrera. Poco tiempo después de restablecidas las relaciones con los incrédulos, perdió,—según la cronología usual á fines de 619,—á Jadischa, y, cinco semanas más tarde, á su leal protector Abu Tálib. Su dolor por la muerte de la primera fué por demás violento, si bien no de mucha duración, como correspondía á su temperamento excitable pero voluble; la pérdida del último puso en peligro su vida y su empresa.

Su matrimonio con Jadischa había durado más de 24 años, habiendo ella alcanzado 65 de edad y cuando ya había mucho tiempo que apenas había sido más que una madre para él. Precisamente este era el género de apoyo que más necesitaba aquel hombre nervioso, enfermo con frecuencia, fácilmente excitable y ora presa de exaltación religiosa, ora agobiado por la presión de circunstancias materiales. De todos los relatos se desprende que ella cuidó con incansable solicitud del Profeta,—desviado entonces de las cosas de la vida exterior,—con el dulce consuelo que es solo patrimonio de las mujeres inteligentes, y fortaleció á menudo su angustiado corazón, afirmando su convencimiento con su inalterable fe en la misión divina de su marido. Parece natural